

RESEÑAS DE LIBROS

I. Ediciones y técnica filológica

MACÍA APARICIO, L. M., y DE LA VILLA POLO, J. (eds.), *Homero. Iliada. Vol. IV. Cantos XVIII-XXIV*. Colección de Autores Griegos y Latinos, Madrid, CSIC, 2013, IX + 283 (x 2) pp.

En 2013 se publicó el cuarto y último volumen de la *Iliada*, bilingüe y con texto crítico, editada por la colección *Alma Mater*. Este tomo ha sido preparado por Luis Macía, editor de los volúmenes anteriores, y por Jesús de la Villa, quien se suma así a esta empresa nacida en la Universidad Autónoma de Madrid. Allí fue también profesor, como Macía y de la Villa, el desaparecido José García Blanco, coeditor de los dos primeros tomos; los responsables actuales de la obra le dedican un emotivo recuerdo en la página VII del libro.

La nota preliminar, dedicada a presentar las novedades del cuarto volumen, es breve y ocupa solo dos páginas (VII-VIII). En ella los editores anticipan alguna característica relevante de la edición. Para preparar su aparato crítico se ha hecho en esta ocasión una colación nueva de dos manuscritos matritenses, Ma¹ y Ma³, dos códices del s. XV; al editar los cantos incluidos en el tercer tomo, Macía ya había colacionado el manuscrito Ma², también del mismo siglo. Asimismo los editores han revisado las lecturas de A (Venetus 822, s. X) y B (Venetus 821, s. XI), códices iliádicos que se encuentran digitalizados y son accesibles a través de internet. Esta sección del libro concluye con la presentación de las abreviaturas utilizadas para referirse a ciertas obras citadas con frecuencia; p. ej., ‘Chantraine I’ es el primer tomo de la *Grammaire homérique* de Pierre Chantraine (París, Klincksieck, 1958³). Además de esas abreviaturas podría haber sido oportuno añadir un complemento mínimo a las listas de papiros publicadas en el primer tomo (CCXC-CCXCVII) y en un artículo posterior de Macía (*Tempus* 19, 1998, 5-57) dado que, en este cuarto volumen, se citan papiros no identificados por un número (p. ej., pap. Newberry, ad 21.567) que no figuran en los listados anteriores.

La edición de la *Iliada* incluida en este cuarto volumen no maneja criterios distintos de los empleados en el tomo anterior, al editar el cual se modificó algún principio aplicado al aparato de referencias de los cantos IV-X (cf. *Emerita* 78, 2010, 345). El

texto editado tampoco presenta grandes innovaciones con respecto al de ediciones previas del poema. Esto era lo esperable dado que, en la edición de un texto sobre el que la filología trabaja desde hace más de dos mil años, una proliferación de *emendationes* podría producir incluso cierta sorpresa. El avance aportado por este trabajo se ha de buscar en el aparato crítico, por la amplitud de testimonios (fundamentalmente papiros y códices) colacionados para prepararlo. Como se ha indicado en reseñas previas (*Tempus* 7, 1994, 51-67; *Emerita* 68, 2000, 339-340; *Emerita* 78, 2010, 345-346), los tres editores del conjunto de la obra han tomado en consideración todos los papiros iliádicos conocidos hasta el presente, incluyendo alguno (cf. *Emerita* 78, 2010, 345) todavía inédito cuando West publicó su edición (Stuttgart-Leipzig, 1998-2000). Además, el trabajo de García Blanco, Macía y de la Villa presenta también como novedad frente a West el cotejo de catorce códices del monte Athos de los que ya hacía mención Allen en su *editio maior* de 1931 (Oxford).

Una característica distintiva de esta versión castellana de la *Iliada* ha sido, desde un principio, la fidelidad al original: se ha procurado dar siempre la misma traducción para cada palabra y cada fórmula. El apego al original griego es también apego al orden de palabras del hexámetro homérico, lo cual puede dar a veces como resultado en castellano expresiones un tanto forzadas; este fue, por cierto, un aspecto criticado en alguna reseña del tomo tercero (cf. J. Aldea Frías, *Estudios Clásicos* 140, 2011, 139-140). El lector se encontrará a veces con giros que le llevarán a volver sobre lo leído para captar el significado correcto del texto. No obstante, los casos en que esto sucede no son numerosos. Contemplando la cuestión en sentido positivo se debe resaltar que la coherencia en el empeño por lograr una versión fiel da como resultado una traducción meritoria y distinta de las publicadas en España en los últimos treinta años.

Se debe destacar asimismo la calidad e interés de las notas que acompañan al texto griego y a la traducción. Los editores dejan su sello personal en ellas, y así las rigurosas observaciones sobre métrica guardan relación con la dedicación de Macía a esta materia. Pero ello no hace sino enriquecer esta parte del trabajo, sin que exista desproporción en la temática de las notas. Por ello mismo es cierto que, como se ha indicado en reseñas previas (cf. *Emerita* 68, 2000, 340), la *Iliada* publicada por el CSIC puede hacer las veces de la edición comentada de esta epopeya que no existe en castellano.

A diferencia de lo hecho en otras obras editadas en varios volúmenes en *Alma Mater* (p. ej., las *Historias* de Polibio), los tomos anteriores de la *Iliada* no incluían índices parciales de nombres. Por ello, el índice que aparece al final del volumen se refiere al conjunto de la obra. Este índice general de nombres propios presenta una mejora notable frente a los de otras ediciones de la *Iliada*, por ejemplo el de Monro y Allen (Oxford, 1920³); en el caso de los personajes homónimos, los editores oxonienses agruparon bajo una sola entrada todas las referencias a cada nombre, sin

distinguir de quién se trataba en cada caso. Macía y de la Villa prefieren diferenciar este tipo de referencias; por ejemplo, la *Iliada* habla de tres Orestes: uno es el hijo de Agamenón, otro un combatiente aqueo y el tercero un troyano; quien se interese por Orestes, el descendiente de Atreo, identificará sin equívocos, mediante una simple consulta de este índice, las referencias a dicha figura.

El autor de estas líneas ha publicado reseñas de todos los tomos de esta *Iliada*. Le cuesta poner fin a su tarea como reseñante y ruega disculpas si se permite la libertad de concluir proponiendo un nuevo reto a los filólogos hispanos: ¿para cuándo una edición crítica de la *Odisea* en *Alma Mater*?

JOSÉ B. TORRES
Universidad de Navarra

TITO MACIO PLAUTO, *El ladino cartaginés*. Introducción, traducción, notas y comentario de Rosario López Gregoris, Madrid, Ediciones Cátedra, 2010, 319 pp.

Rosario López Gregoris nos ofrece, en la Colección Clásicos Linceo, de Ediciones Cátedra, un nuevo trabajo sobre la comedia *Poenulus*, de Plauto, de la que ya había publicado una primera traducción en Akal, en 2004, en aquella ocasión junto a otras comedias de este mismo autor. En este caso, la traducción aparece enfrentada al texto latino «de la edición de Lindsay (1904-1905) en confrontación con la de Ernout (1932-1940), salvo para los textos púnicos, donde se han consultado y a veces seguido las propuestas de Leo» (p. 47), ambos textos acompañados de más de 2500 notas aclaratorias. El trabajo va precedido por una introducción que incluye, como suele ser habitual, la biografía y obra del autor, una presentación en extenso de la obra objeto de estudio, su transmisión y pervivencia y una bibliografía. Como colofón al trabajo, en lo que la autora denomina Comentario, se tratan otros aspectos específicos de *Poenulus* y generales de Plauto que están también en *Poenulus* y que, según la autora, «ayudan a la comprensión del fenómeno teatral romano» (p. 291).

Son numerosos los estudios que López Gregoris ha dedicado a Plauto, a su producción, a la comedia y al teatro latino en general, muchos de ellos han recibido reconocimiento internacional y el conjunto la ha consagrado como una de las mejores especialistas en el género. Este trabajo es una magnífica muestra de la labor investigadora, que mediante una incansable profundización en el análisis conduce a la evolución en el conocimiento, en este caso, del teatro latino en general y plautino en particular, pero también en el de la urdimbre de la lengua, que se pone de manifiesto, de forma muy particular, en la explicación del significado de todos los nombres de los personajes de la comedia. Nos encontramos ante una traducción revisada y en parte reelaborada, enriquecida con un desarrollo mayor de notas ya existentes así como con muchísimas notas nuevas, que afectan también al texto latino, como la

que alude a que los vv. 48-49 de la introducción, un conjunto de términos técnicos de la agrimensura, pueden ser un juego de palabras que anticipa el título de la comedia (p. 63, nota 86). Además, se añade el estudio de elementos que no se habían incluido en el primer trabajo, entre los que destaca, en la introducción, el dedicado a concretar la fecha de la primera representación y de la composición de la comedia en torno al 194 a.C., o todos los incluidos en el Comentario final, dirigidos a lectores más especializados, que ayudan, a través del estudio de *Poenulus*, a una mejor comprensión del fenómeno teatral romano y de Plauto, que asume la tradición griega, pero la romaniza, creando un teatro autóctono, en el que cobra especial relevancia el prólogo. Destaca, dentro del comentario, el apartado dedicado al uso del púnico y el que analiza la estructura métrica. La propia autora advierte (p. 45) de otra novedad, que consiste en resaltar desde el punto de vista tipográfico tanto el texto púnico y su traducción, como los *cantica* y los recitados.

En suma, estamos una nueva versión de la traducción del *Poenulus* de Plauto, excelente trabajo de la Dra López Gregoris, en el que exhibe su gran acribia filológica a través de una progresiva profundización en el análisis del teatro romano en general y plautino en particular.

MATILDE CONDE SALAZAR
ILC, CSIC

II. *Lingüística*

Latin Vulgaire – Latin Tardif, IX. Actes du IX^e colloque international sur le latin vulgaire et tardif, Lyon, 2-6 septembre 2009. Édité par Frédérique Biville, Marie-Karine Lhommé et Daniel Vallat, Collection de la Maison de l'Orient et la Méditerranée 49, Série Linguistique et Philologique 8, Paris 2012, 1086 pp.

El volumen recoge setenta y siete trabajos presentados en el IX coloquio internacional sobre latín vulgar y tardío celebrado en Lyon entre el 2 y el 6 de septiembre de 2009. Un prefacio (pp. 17-22) a cargo de una de las editoras, Frédérique Biville, encabeza el volumen. Sigue a continuación un escrito de Pierre Flobert (pp. 23-27) que ofrece una semblanza del latinista Jacques André, fallecido en 1994. A él está dedicado el volumen.

El lector puede encontrar en este volumen una visión muy completa y rica sobre el estado más actual de la investigación sobre el latín vulgar y tardío, sobre su evolución y sobre los orígenes de las lenguas romances. La mayor parte de las corrientes de estudio actuales en este campo están representadas en los trabajos aquí publicados. Por una parte, encontramos estudios sobre cuestiones lingüísticas, estructurados en tres bloques. El primero está dedicado a la variación lingüística, y recoge en total

catorce trabajos que plantean cuestiones de concepto sobre el latín clásico, el tardío y el vulgar, sobre la diversificación regional y sobre la evolución del latín al romance. El segundo está dedicado a cuestiones lingüísticas del latín (en especial de índole morfológica) y recoge diecisiete trabajos dedicados al estudio del nombre, de los pronombres, del verbo y de la frase. El léxico latino y su evolución en romance constituyen el tercer bloque de estas actas, con estudios dedicados a la lematización y análisis léxico, a las palabras y a los elementos de formación. El cuarto bloque está dedicado al estudio de los textos y de los documentos, y supone un tercio de los trabajos publicados. No es esto último de extrañar, puesto que los textos son la fuente fundamental e imprescindible para el estudio del latín vulgar y tardío.

En este libro encontramos, por tanto, una excelente puesta al día de los problemas y de las cuestiones más candentes en este ámbito de estudio. Así, hay temas conocidos desde antiguo que se revisan desde nuevos planteamientos, como la relación del latín vulgar con el clásico y el literario (M. Banniard, G. V. M. Harveling, R. Müller), el concepto de latín vulgar (L. Callebat), el *status* de las lenguas romances respecto al latín (R. Kiesler) y los orígenes de las lenguas romances (W. Mančzak). Encontramos también estudios sobre la diversificación regional del latín y el estudio de la evolución del latín en determinadas zonas (R. Wright, J. M. Escolà, O. Gordon).

Los estudios lingüísticos se centran en algunos de los temas más interesantes para el latín vulgar, como la disyunción (O. Spevak), los deícticos e indefinidos (A. André y M. Fruyt, M. D. Joffre, B. Bortolussi, R. Sornicola, J. Gallego), las construcciones verbales (H. Rosén, G. B. Târa, B. Wehr) y diversos problemas de sintaxis (O. Álvarez, C. Bodelot, G. Calboli, R. Medina, A. Orlandi y P. Poccetti). En este ámbito tiene una importancia especial el léxico, y a él están dedicados los estudios de D. Longré, C. Philippart de Foy y C. Poudat sobre posibilidades y perspectivas de la anotación automática de textos latinos, y el de F. Stella sobre las variaciones cronológicas.

Es significativa la gran cantidad de trabajos dedicados al estudio de palabras y de familias de palabras, como los de F. Bechet (*symphonia*, *chifonie*, etc.), D. Conso (*latus*), O. Felecan y D. Felecan (antroponimia), V. Ferraro (*sora*, *soratte*), A. Garcea (*praeterpropter*), J. B. Guillaumin (neologismos en Marciano Capela), M. Iliescu (sobre la expresión de «nada»), M. A. Julia (*si rem*, *sierem*), V. Martzloff (*obiter*), E. Nieto (origen del catalán «aigua») y L. Unceta (*mando* en Plauto). En estrecha relación con ellos encontramos estudios dedicados a elementos de formación de palabras, como los sufijos *-ax* en la epigrafía (C. Arias Abellán), los verbos en *-izare* (O. Cockburn), el sufijo **-attus* (B. García Hernández), el uso del diminutivo como recurso expresivo (R. López Gregoris) y los preverbios en los verbos en *-sco* (S. van Laer).

El análisis de fuentes escritas que sirven como base al estudio del latín vulgar y tardío constituye uno de los puntos más importantes en este volumen, como ya hemos dicho. Encontramos estudios sobre los textos de los gramáticos, que, como

es bien sabido, son una fuente de gran importancia en este ámbito (M. Baratin, I. Costa, R. Maltby, P. Stoppaci, R. Ferri, M. K. Lhommé, L. Martorelli, C. Nicolas, B. Rochette); también sobre tratados técnicos de diversa índole, como los agrícolas (V. Ortoleva, M. Campetella), y los médicos y científicos (M. T. Cam, V. Gitton-Ripoll, M. Pardon-Labonnelie). Otro grupo de testimonios que son objeto de análisis son los de autores y obras de época tardía, como San Jerónimo y San Agustín (C. Fry), el *Epitome de Caesaribus* (G. Galdi), la *Antología Latina* (D. Vallat y E. Wolff), Sidonio Apolinar (M. C. Fernández), Gregorio de Tours (M. Gayno, T. Adamik), Isidoro de Sevilla (J. Elfassi) y escritos hagiográficos (C. Philippart de Foy). Se incluyen también escritos de época medieval, como la Regla de San Benito (M. T. Echenique y B. García-Hernández), la *Expositio* sobre el Apocalipsis de Berengauda (A. García), el *Chronicon* de Benito (P. Greco), crónicas latinas del siglo XIII (G. Besson) y, por supuesto, no podían faltar estudios sobre las glosas emilianenses (K. Hagemann) y sobre el latín en época merovingia (M. Selig, R. Eufe). La Biblia latina sólo está representada en este volumen por un estudio centrado en cuestiones lingüísticas sobre la base de la *Vulgata* (L. Sznajder). Se echan de menos, sin embargo, estudios basados en la lengua de la *Vetus Latina*, cuyo interés como fuente para el estudio del latín vulgar y tardío es reconocido por la investigación sobre el tema.

Como conclusión, por lo dicho, tenemos en este volumen una obra de gran valor que será de especial interés y de obligado conocimiento para todo especialista no sólo en filología latina, sino también en filología románica. Es otro hito más en esta excelente serie de actas que salió a la luz por primera vez en el año 1987, con las aportaciones al primer coloquio internacional sobre latín vulgar y tardío celebrado en Tübingen en 1985, y desde entonces hasta ahora, nueve volúmenes después, mantiene su extraordinaria calidad.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REILLO
ILC, CSIC

LUQUE MORENO, JESÚS, *Poder o no poder* (impotens / potens), Granada, EUG, 2011, 143 pp.

Antes de abrir este libro echamos una ojeada al texto que figura en la contracubierta y que comienza así: «No se habla aquí tanto de los poderes efectivos de la sociedad romana a lo largo de la historia...», como de «la idea de un poder potencial o virtual que en un determinado momento puede hacerse real». Lo abrimos y comprobamos que las dos primeras líneas de la Presentación precisan esa idea del poder potencial: «Hablamos aquí del poder, o mejor dicho, como se verá enseguida, del no poder, de la falta de poder». Volvemos al título y ahora entendemos el valor de la disimetría de sus dos partes, española y latina. El no poder, que es en realidad el tema del libro,

no deja de ser un aspecto del poder; por tanto, nada hay que objetar a esa disyuntiva inicial; pero a contrapelo de ella viene el subtítulo latino, en el que *Impotens* toma prelación sobre *potens*, para poner las cosas en su sitio. Certera relación quiástica, en la que tan solo eliminaríamos el paréntesis, porque quita fuerza al subtítulo. Después de haber rebajado el tono del título invirtiendo, persuasivamente, el orden temático, el subtítulo debe mostrarse abierto: *Impotens / potens*. Además, porque de latín se trata.

Impotens se lleva, en efecto, la parte del león, más de cuarenta páginas: «*Impotens*: ¿Impotente o prepotente (*ualde potens*: NON. p. 187,6 L)?» (pp. 15-55). He ahí dos valores contrapuestos en el mismo adjetivo. Ninguna dificultad presenta el primero ('impotente'), dado el significado negativo del prefijo; pero el segundo ('prepotente') puede hacer pensar en el prefijo lativo homónimo, en un *in-* de «imposición», propio del que ejerce el poder sobre otros. Pero no. Con abundante documentación y un análisis perspicaz que va más allá de las apariencias, el autor demuestra que se trata del mismo prefijo negativo, tanto en *impotens* como en los derivados *impotenter* e *impotentia* que indican también ese doble valor. Compuestos de otros prefijos presentan semejante ambivalencia, privativa e intensiva, sobre una sola base léxica (*uegrandis*) o sobre bases diferentes (*deamo / deformis*, *edurus / eneruis*, *abalbus / amens*, *perodi / perfidus*). Sin salir del *in-* negativo, podría aducirse el esp. *inapreciable*, referente a lo que no se puede apreciar tanto por su poco como por su mucho valor.

A continuación el autor analiza los dos contenidos de *impotens*. El primario 'impotente' en empleo absoluto o sustantivado, construido con *ad* y gerundivo, con infinitivo y con genitivo, frecuente con el reflexivo *sui*. En esta última construcción se insinúa el valor secundario 'prepotente' y aparece claro cuando se elide el pronombre, de manera que la carencia de dominio sobre sí se transforma en desenfreno generador de la prepotencia que se ejerce sobre otros. Entonces *impotens* se convierte en sinónimo de *praepotens* y se aplica a seres animados o personificados, como la veleidosa fortuna, a las acciones de poder (*dominatio*, *imperium*, etc.) y a los impulsos anímicos; por lo que merecen atención especial las expresiones *impotens animus* e *impotens affectus*. Este sentido secundario de *impotens* y asimismo de *impotenter* e *impotentia* aventaja al primario y a ello contribuye no poco la frecuencia con que los poetas emplean tales palabras para describir el descontrol de las fuerzas de la naturaleza.

El bloque central del libro se dedica a la concurrencia de otras formaciones del mismo radical **pot(i)-* (pp. 57-92). En primer lugar, *impos* expresa, más que el significado de 'incapaz', el de 'incapaz de ser dueño de sí' y con él cede terreno a su sinónimo más caracterizado *impotens*. *Compos*, próximo a *potens*, se presenta como antónimo de *impotens* y cabría añadir que eso es así por ser el sustituto natural del simple e inusitado *potis*, *-e*. Pero *compos* tiene una riqueza de

contenido muy superior. En relación con su preverbio, se reconocen dos valores fundamentales: el sociativo del ‘que comparte un dominio o facultad’ y el intensivo o resultativo del que llega a ser dueño de algo (*compos animi*) o lo ve cumplido (*compos uoti*); mientras este tiene sentido positivo, el primero puede tomarse en mala parte (‘cómplice’). Dada la fuerza expresiva de *compos*, cabría entender este adjetivo como base de la derivación de *compotire* (‘poner en posesión de’) y *compotiri* (‘estar en posesión de’); pero hay mejor un proceso de composición preverbal sobre *potire* (‘hacer tomar la condición de’, ‘poner en poder de’, PLAVT. *Amph.* 178) y *potiri* (‘apoderarse de’). *Compotens* debe ser, en efecto, una forma analógica de *impotens*. En el detallado estudio de *potens*, participio de *possum*, se examina la diferencia entre poder potencial (*potentia*) y poder efectivo (*potestas*), para observar cómo se refuerza el último sentido de acuerdo con el desarrollo político y militar de la sociedad romana.

Tras una breve conclusión, el último bloque (pp. 93-134) consiste en tres corolarios atinentes a algunos casos particulares. El primero versa sobre *impotens mulier* y *uirgo potens*. Los antiguos veían a la mujer tan apacible como el mar, hasta que se embravecía como este, perdía el control de sí y hacía temible tamaña *impotentia*. En cambio, cuando sabía ejercer su poder, surgía la mujer poderosa (*potens*), epíteto que convenía a varias diosas, pero que se aplica en particular a Diana como soberana (gr. *πότνια*) de los bosques (*uirgo potens nemorum*) y que después se trasladará a las letanías de la Virgen María. En el segundo vuelve brevemente sobre la expresión *compos uoti*, frecuente en inscripciones de tipo votivo. Al final de este estudio lingüístico de la familia adjetival de *potis*, produce singular satisfacción comprobar cómo puede contribuir a la fijación del texto de Tacito, según la amplia exposición que se hace en el tercer corolario: ¿*Mentis inops* (TAC. *Ann.* XIV 10) o *mentis impos*? Parece claro que Nerón no era precisamente un falto, sino un loco, no un apocado mental, sino un tirano sin freno. La propuesta de J. Luque, más que plausible, viene a salvar una confusión paronímica de la tradición manuscrita.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

III. *Literatura y filosofía*

LAMBIN, G., *Le Chanteur Hésiode*, Collection «Interférences», Presses Universitaires de Rennes, 2012, 148 pp.

Este pequeño libro representa en cierto modo un tándem al anterior del Prof. Lambin *Le roman d'Homère*, publicado por la misma editorial en 2011. A una «Conclusión general» llega a través de tres partes de unas 40 págs. cada una, de las cuales la pri-

mera plantea «La cuestión hesiódica»; la segunda, «La novela de Hesíodo», examina el surgimiento de esta a través de una serie de testimonios antiguos que se refieren al nombre, la época y la muerte del poeta; la tercera analiza tres exponentes clave de la obra hesiódica cuales son el proemio de *Teogonía*, el pasaje de *Trabajos y Días* sobre la navegación y la sección central del mito de Pandora en ambos poemas. A la conclusión general sigue una lista de Bibliografía, en general bien integrada en las notas del texto, con una amplia selección de «Estudios» que contiene lo esencial de la actual bibliografía hesiódica con la llamativa excepción de la que atañe a la dicción formular.

En la primera parte del libro, la cuestión hesiódica es centrada, por un lado, en las sospechas de inautenticidad que pesan sobre el conjunto de la obra atribuida a Hesíodo a excepción de *Trabajos y Días* más allá de su proemio; por otro lado, en la gran cantidad de seclusiones de pasajes y versos que los diversos editores han considerado interpolados. Si bien Lambin reconoce que la idea de una cuestión hesiódica no se impone con la evidencia de la cuestión homérica, plantea sin embargo el interrogante de un supuesto distanciamiento ya en el v. 24 de *Teogonía*, que él entiende, en mi opinión erróneamente, como «Mais à moi qui suis ici...» para diferenciar al poeta inspirado por las Musas Olímpicas del Hesíodo referido tres versos antes en tercera persona y en el pasado, inspirado por las Musas del Helicón y del cual el de *Teogonía* sería discípulo. Desde esta perspectiva la célebre contraposición entre «las mentiras semejantes a verdades y las verdades mismas» que las Musas declaran conocer en los versos 27-28 y que han sido diversamente interpretados, en opinión de Lambin, difícil de compartir, contrapondría a las verdades contenidas en *Trabajos y Días* las mentiras del relato ficticio en que consiste *Teogonía*. Esta tesis, aparte de hacer caso omiso de la tradición de poesía teogónica anterior a Hesíodo, plantea la contradictoria cuestión de por qué ahora el poema de fecha supuestamente anterior es aludido después que el otro. Ese mismo distanciamiento cree observar Lambin en la según él diferente caracterización de las Musas del Helicón, más limitadas en número, como las de los comienzos del aprendizaje del oficio de cantor frente a las Musas Olímpicas inspiradoras del autor del poema, aun cuando el carácter del coro y el contenido del canto de las primeras sugeridos por los versos 7 ss. contradicen dicha imagen.

En la segunda parte del libro, factores de la invención de «La novela de Hesíodo» son localizados, en un primer momento, en los datos de carácter autobiográfico presentes en *Teogonía* y *Trabajos y Días*, que Lambin pone en duda extremando la tendencia actual de la crítica hesiódica. Así, cuestiona no solo que el poeta fuese un pastor o que contemplase a las Musas, sino también la existencia del hermano del poeta, Perses, la de su padre y su emigración de Eolia a Beocia y hasta la del propio Hesíodo, cuyo nombre «Lanza-voz» o «Goza-vía», sería descriptivo de su oficio. A continuación ofrece una relación de fuentes que en época avanzada contribuyeron

a crear la novela de Hesíodo así como la de su legendaria muerte, salvando la ubicación beocia de la poesía hesiódica y la fecha del poeta, entre el final del s. VIII y la primera mitad del s. VII, a juzgar por su participación en los juegos fúnebres de Anfídamante y la datación de este personaje, que frente a la seguridad con que la enjuicia el autor del libro hay que decir que es muy dudosa.

A fin de intentar distinguir entre Hesíodo autor real y aquel que da nombre al conjunto de la producción hesiódica («figure tutélaire» en la terminología de Lambin), la tercera parte del libro examina los ya tratados pasajes del preludio de *Teogonía* y los versos 618-694 de *Trabajos y Días*, así como el mito de Pandora en ambos poemas. En el primero de los pasajes el plural (ἀρχώμεθα, v. 1, 36) con el que se exhorta a cantar a las Musas es interpretado no como enfático, sino como un intento de implicar al resto de los pastores interpelados por las Musas (v. 26): pero cabe otra explicación menos forzada y es que aquellos a los que se pretende implicar sean la propia audiencia del poeta, como en toda acción didáctica. En *Trabajos y Días* 618-694 el «autor-figura tutelar» Hesíodo sería el mismo que el narrador y coincidente con el «autor real», estableciendo así una primera diferencia con *Teogonía*, donde el «autor real» y narrador, el «yo», parecería distinto del «él», esto es, Hesíodo. El mito de Pandora sería objeto de un relato por parte del llamado autor real de *Teogonía* y por aquel que encarna la figura tutelar llamada Hesíodo, es decir, por el «yo» y el «él» supuestamente distinguidos en el preludio de dicho poema. La conclusión de esta parte es que, dadas las diferencias en el tratamiento del mito entre uno y otro poema, estos serían de autores diferentes, o bien compuestos en momentos muy alejados de la vida del autor, es decir, justamente lo contrario de lo que se puede pensar, que los ecos intratextuales, de un lado, y la coherencia de dos versiones en gran medida distintas pero complementarias, del otro, permiten pensar en la unidad de su autoría. En la conclusión general, al lado de otros postulados poco discutibles hay dos de difícil asunción: que la poesía hesiódica se remonta a una tradición de poesía pastoril beocia y que *Teogonía* y *Trabajos y Días*, en el supuesto de que hayan tenido un primer autor, son obras colectivas que «todo poeta hesiódico» podía retomar y modificar.

Resumiendo, de no ser por lo arriesgado del argumento el libro se podría definir como una fresca y distendida aproximación al tipo de poesía hesiódica y en particular al discutido concepto de su autoría, el cual no coincide con la idea tradicional, pero tampoco del todo con la idea de Hesíodo que se ha ido imponiendo en la bibliografía más reciente. Además de los puntos cuestionados, hay otras afirmaciones, así como algunos errores (p. 9, n. 8 «cesura pentemímera» por trocaica; p. 110, l. 21 «Pareils à des ventres» (γαστέρες οἶον) y erratas (p. 18, l. 3 p(l)an; p. 49, l. 9 (h)is; p. 101, l. 2 t(r)ouvé; p. 117, l. 10 créé(e)) revisables.

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DELGADO
Universidad de Salamanca

MARRÓN, GABRIELA, *El rapto de Prosérpina. Un nuevo contexto para la trama épica*, Bahía Blanca (Argentina), Editorial de la Universidad Nacional del Sur, 2011, 216 pp.

Se puede decir que Claudio Claudiano fue el último poeta de la Roma clásica. Nació, probablemente, en Alejandría de Egipto c. 370 d. C. Su lengua materna era el griego. Hasta el año 394 no pisó Roma por primera vez, y parece que ya nunca salió de Italia. Durante dos años (395-396) permaneció en la corte de Milán, recién fallecido Teodosio, con el hijo de este, Honorio, en el solio imperial y con el vándalo Estilicón rigiendo los destinos del recién creado Imperio Romano de Occidente. Su poema más célebre, *De raptu Proserpinae*, fue, casi con total seguridad, redactado en Milán, pues va dedicado, o dirigido, a Florentino, que fue *praefectus urbi* allí entre agosto de 395 y finales de 397. No se sabe a ciencia cierta si Claudiano fue un cristiano convencido o un pagano oportunista. Ni dónde y cuándo murió, aunque este último hecho debió de acontecer entre los treinta y cuarenta años de su edad, poco antes del saqueo de la Ciudad Eterna por Alarico y sus visigodos.

Bueno es que existan libros como este sobre Claudiano, pues contribuye a desvelar incógnitas en un autor de perfiles tan imprecisos. Y es bueno que tal libro vea la luz pública en papel, aunque sea en una tirada limitadísima de 180 ejemplares, cifra que da a entender hasta qué punto se ha ido reduciendo el número de receptores de monografías como la de Gabriela Marrón. La autora es discípula del Prof. Rubén Florio, que publicara en 2002 una preciosa edición bilingüe del cantar de gesta latino-medieval *Waltharius* en la colección «Nueva Roma» del CSIC. Marrón utiliza una prosa castellana muy cuidada y muy clara, y sus análisis son muy finos. La sección de «Agradecimientos», ubicada al comienzo del libro, nos informa de que se trata de una tesis doctoral, como por otra parte no es difícil de inferir, a partir del índice, morosamente académico, que se encuentra en pp. 9-10. Sin embargo, las incursiones conceptuales de la Dra. Marrón van mucho más allá de lo exigible a una tesis doctoral al uso, pues se revela en ella una inquietud intelectual que trasciende con mucho el ámbito del trámite universitario. Echamos de menos, eso sí, que las notas no figuren a pie de página, sino al final de cada capítulo, lo que entorpece su consulta.

En la «Introducción» (pp. 17-18) se nos advierte que todas las traducciones, claudianescas o no, latinas o griegas, que se aportan junto a la versión original en el volumen, han sido realizadas por la propia autora, en la idea de que verter los textos al español constituye «una manera de explicitar el sesgo interpretativo impreso en nuestras lecturas». Estoy totalmente de acuerdo con algo que podría ser criticado por los puristas, pero que ayuda a comprender las novedosas conclusiones planteadas al final del libro (pp. 191-196), inmediatamente antes del poema de la uruguaya Cristina Peri Rossi («Todo poeta sabe que se encuentra al final / de una tradición / y no al comienzo, / por lo cual cada palabra que usa / revierte, / como las aguas de un océano

inacabable, / a mares anteriores», etc.) que cierra el tomo de forma heterodoxa —tratándose de una tesis doctoral—, pero que resulta enormemente esclarecedor. Después de los versos de Peri Rossi figura la bibliografía, que ha sido utilizada de primera mano por Marrón en todos y cada uno de sus ítems, al contrario de lo que ocurre con las bibliografías de tantísimas otras tesis, en las que se aducen numerosas entradas que nunca han sido consultadas y no persiguen otra meta que rellenar, de modo incontinente, páginas y páginas para engordar los respectivos trabajos doctorales.

A partir de conceptos como el de «épica alegórica», tan representativo del quehacer de Claudiano en *De raptu Proserpinae*, poema compuesto por una *praefatio* y tres *libri*, Gabriela Marrón estudia la evolución diacrónica de la épica, que pasa del tratamiento de temas mitológicos que vinculan «las esferas heroica, divina y humana» (*Volksepos* y *Kunstepos* tradicionales), a abordar desarrollos didácticos e historicistas, dentro de una perspectiva cristiana. Todo ello, unido al tratamiento peculiar de una serie de componentes formales de la épica —como proemios, símiles, descripciones y símbolos—, desemboca en ese nuevo subgénero épico al que debe adscribirse *El rapto de Prosérpina*: una épica de carácter alegórico trufada de una dimensión filosófica, no explorada hasta ahora por la crítica. «Claudio —dice la Dra. Marrón— fue poeta, filósofo y cristiano», una afirmación que zanja, en su opinión, la vieja controversia acerca de la naturaleza cristiana o pagana del *De raptu Proserpinae*, y en el que la estudiosa argentina profundiza de forma muy original en la tipología diferencial que ofrece la escritura épica del egipcio Claudio Claudiano.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
ILC, CSIC

SANTAMARÍA HERNÁNDEZ, M.^a TERESA (ed.), *Textos médicos grecolatinos antiguos y medievales: Estudios sobre composición y fuentes*. Colección Humanidades 123, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2012, 286 pp.

Se reúnen en esta obra diez artículos de otros tantos filólogos especialistas en los textos médicos grecolatinos del periodo presalernitano y la Edad Media. El leit-motiv de este libro, tal y como se expresa en la presentación del mismo por parte de su editora (pp. 9-10), es demostrar hasta qué punto la investigación sobre los procedimientos de composición y creación de este tipo de textos, de marcada orientación práctica, se convierte en un aspecto clave a la hora de editarlos, traducirlos e interpretarlos.

En primer lugar Arsenio Ferraces [«Arqueología del *Ars medicinalis de animalibus*, un bestiario altomedieval todavía inédito» (pp. 11-28)] presenta un tratadito de zooterapia que ha llegado a nuestros días en forma de dos redacciones diferentes, ocasionando tales problemas al editor que pueden desembocar en la renuncia al

establecimiento de un texto único y llevarle a explorar otros métodos de edición alternativos. La demostración de fusiones intencionadas, contaminaciones, eslabones intermedios y manipulaciones varias en la transmisión nos hacen considerar este pequeño pero riguroso estudio como un ejemplo de lo que es la crítica textual, al estilo clásico, desembocando lógicamente en la propuesta de un *stemma codicum*.

A continuación K.-D. Fischer [«Hochmittelalterliche Redaktionelle Eingriffe in medizinischen Texten» (pp. 29-53)] parte de la premisa de que los textos se han ido adaptando a la lengua de las diferentes épocas y regiones por las que han pasado. Especialmente en torno al año 1000 algunos textos sufrieron una modificación deliberada en su redacción, y lo demuestra a través de tres ejemplos —y sus diferentes versiones—, correspondientes a los siguientes textos: la conocida como *Physica Plinii*, el *Liber medicinalis* de Pseudo-Demócrito (una versión latina fragmentaria de la *Synopsis* de Oribasio) y las *Quaestiones Medicinales* de Pseudo-Sorano. Cierra su trabajo con un rico apéndice en el que somete a colación estas fuentes y que constituye un rico acervo de ejemplos para todos los interesados en la evolución del latín técnico, el latín vulgar y las características del latín altomedieval.

Ivan Garofalo [«Il *De pulsibus* di Philaretus e il Περὶ σφυγμῶν di Philaretos (con in appendice l'edizione del *De pulsibus*)» (pp. 55-94)] enfrenta dos textos: uno griego de tradición pobre y reciente y otro latino de una riquísima tradición, y demuestra que el texto griego de Filareto es, en realidad, un testimonio del pseudogalénico *De pulsibus ad Antonium*, reelaborado sobre la base del Filareto latino, como muestran ciertos latinismos léxicos. En apéndice se incluye una edición provisional del *De pulsibus Philareti* basada en 7 manuscritos y en las ediciones de P. Morpurgo (1987-88) y J. A. Pithis. (1983). Se observan a nivel tipográfico ciertos errores en la edición del texto (no siempre se usa mayúscula después de puntuación y sobra algún espacio), otros errores probablemente se deban a la no utilización de tipos griegos unicode; así, por ejemplo, falta notar con caracteres griegos determinadas expresiones en p. 78 (último título de la bibliografía), p. 84 (aparato crítico, línea 2), p. 85 (aparato crítico, línea 7), p. 93 (aparato crítico, línea 11), p. 94 (aparato, líneas 11, 12 y 16). Por otra parte, como en el artículo de A. M. Urso (cf. *infra*) se ha optado por la grafía alternativa de la sigma griega (c) a la que estamos menos acostumbrados y que quizá habría convenido homogeneizar con el resto de los estudios.

I. Mazzini [«Pubblico, volontà didattica e organizzazione della materia nel *De medicina* di A. Cornelio Celso» (pp. 95-106)] se propone demostrar la relación que existe en la obra celsiana entre público, voluntad didáctica y estructura del texto. En orden descendente, analiza brevemente el público de los textos médicos, a continuación el de la obra de Celso, después presenta algunos rasgos de la estructura y la lengua empleadas que muestran esta voluntad didáctica y que le permiten concluir que la obra tiene en cuenta las exigencias de un público bien definido, personas cultas y ricas, desde la perspectiva del *medicus amicus*. Bien argumentado, echamos en falta

no obstante alguna referencia a la obra clave para analizar el tipo de destinatario de estos textos, como es la ya clásica de E. Malaspina¹.

El trabajo de E. Montero [«Métodos de formación de obras médicas latinas medievales: a propósito de los *Remedia contra maleficia*» (pp. 107-123)], presenta el método seguido en la composición de ciertas obras médicas latinas medievales, cuyos contenidos fueron necesarios o especiales en un momento dado, bien a partir de una obra más amplia, de gran difusión y prestigio, cuyas partes pueden funcionar de manera autónoma en un momento dado, bien a partir de la alteración interesada de una obra o alguna de sus partes o bien a partir de la reelaboración de un texto de origen que se retraduce y/o parafrasea en la nueva redacción. Aunque el autor enumera y documenta diferentes ejemplos de cada uno de estos métodos, se centra expresamente en el proceso seguido en la creación de un opúsculo, los *Remedia contra maleficia*, formado sustancialmente con partes de dos obras: un capítulo de la *Practica Pantegni* de Constantino, un capítulo del *Thesaurus pauperum* de Pedro Hispano y alguna otra receta de origen desconocido, sin que se mencionen las fuentes. La obra alcanza tal difusión manuscrita como para considerarla una obra abierta, cuya edición crítica se antoja imposible. El autor presenta los textos de base, los añadidos y así explica el proceso y el origen de la formación del texto, extrayendo unas interesantes conclusiones al respecto que deberán tener en cuenta en un futuro los editores de este tipo de obras. Tan solo señalaremos un desliz en la bibliografía (p. 122), cuando se remite a un trabajo del autor como publicado en 2066.

Joaquín Pascual [«Las propiedades terapéuticas del *equiferus* desde Plinio hasta el siglo XV» (pp. 125-150)] repasa la presencia del *equiferus* o ecebro en los textos antiguos y medievales y después va analizando la tradición de los cinco remedios que se obtienen de este animal en recetarios y textos diversos de caza y veterinaria, teniendo en cuenta incluso fuentes de la literatura castellana como el Marqués de Villena y el historiador Lope García de Salazar. Sus pesquisas se acercan hasta el siglo XVI en un trabajo de corte filológico, con implicaciones históricas, muy erudito y documentadísimo (sólo hay que tener en cuenta las más de cuatro páginas de extensión de la bibliografía proporcionada al final).

La editora, M^a Teresa Santamaría Hernández [«Establecimiento de fuentes y enmiendas textuales en el *Liber medicinae ex animalibus* de Sexto Plácido» (pp. 151-186)], vuelve a meternos de lleno en las complicaciones de un texto de imbricada tradición como es el *Liber medicinae ex animalibus* de Sexto Plácido y con un problema en torno a sus tres fuentes reconocidas (Plinio, Marcelo de Burdeos y las *Cyranides*) aún no definitivamente resuelto. Ello se debe por un lado a la naturaleza misma de esta compilación, que ha sufrido numerosas transformaciones y adiciones,

¹ *Ars temperans. Itinerari verso la comunicazione polivalente nel mondo latino*, Università di Genova, Facoltà di Lettere, D.AR.FI.CLET, Nuova Serie, 1988.

y también a la naturaleza de compilación manipulada de alguno de estos textos considerados fuente. La autora resume perfectamente el estado de la cuestión de las fuentes de Sexto Plácido y utiliza dos métodos para determinar la preeminencia de dichas obras de base: uno basado en las correspondencias léxicas e indicios de traducción para determinar fuentes y paralelos, y otro basado en el orden de las curas como indicio formal del empleo de una fuente. Esta metodología conduce a la autora del trabajo a presentar algunas interesantes enmiendas al texto (editado por Howald y Sigerist en 1927) fruto de la rigurosa confrontación de los testimonios analizados. En anexo (pp. 170-186) presenta la colación de los textos relativa a los capítulos *de ceruo*, *de lepore* y *de capra*.

José C. Santos [«Organización y fuentes del recetario de zooterapia conservado en el manuscrito Bodley 130» (pp. 187-214)], como indica en su título, analiza la organización y las fuentes de un recetario de zooterapia, estudia sus relaciones con la llamada versión α del *Liber medicinae ex animalibus* y con una antigua traducción anglosajona de la misma obra para concluir que no es una mera traducción del texto anglosajón. Resuelve así algunas cuestiones de naturaleza stemmática que plantea este manuscrito en la tradición del *corpus* de fito-zooterapia de Sexto Plácido (en sus diferentes versiones). De hecho, tanto este trabajo como el anterior, y el de A. Ferraces, elaborados con grandes dosis de paciencia filológica y un conocimiento profundo de las características de la lengua de estos textos, inciden en la necesidad de actualizar la edición de la obra de Sexto Plácido de 1927.

Ana M.^a Urso [«Il *Liber Geneciae ad Soteris obsetrix* e la tradizione di Sorano» (pp. 215-244)] estudia las fuentes y los modos de composición de una obra ginecológica derivada de Sorano que editó V. Rose en 1882. Después de definir el contenido en relación con la adaptación de la *Gynaecia* de Sorano realizado por Musción, la autora verifica, a través del examen de los procedimientos de composición de los dos textos, la posibilidad de que el *Liber* dependa de los mismos *Cateperotiana* que Musción declara haber utilizado como fuente. Tras aceptar tal relación de dependencia, la autora indaga sobre la hipótesis de que la doctrina de Sorano haya contado también con la mediación de algún otro texto, mostrando con ejemplos incuestionables la influencia de la obra de Celio Aureliano.

Manuel E. Vázquez Buján [«Mecanismos de adaptación de algunas adiciones en la versión Aa del Oribasio latino» (pp. 245-265)], según él mismo confiesa, después de haber sostenido que el texto de la versión Aa debe representar una versión reutilizada de un texto anterior de la traducción latina de Oribasio (p. 247), asegura estar convencido en la actualidad de que, en realidad, «los dos textos de Oribasio corresponden a dos redacciones posteriores de una versión primitiva única», hipótesis que, además, resulta mucho más verosímil desde el punto de vista histórico. Se detiene el autor en el capítulo 8,21 (8,17 en el original griego) y coteja las versiones Aa y La, siendo esta última más representativa de la versión original. Demuestra cómo, para

la composición del capítulo aquí estudiado, el compilador de Aa utilizó hasta tres fuentes: el texto primitivo de Oribasio latino; el capítulo 14 del *Logicus* de Teodoro Prisciano y el capítulo 1 del libro IV de los *Euporista* del mismo Oribasio en la versión La. La colación realizada le permite concluir que el anónimo redactor de Aa no puede considerarse un simple compilador y copista, pues reelaboró el texto tanto en el léxico como en la sintaxis. Como ejemplo de que nada de lo dicho es fruto del azar sino del análisis detallado de los textos se presenta en anexo el texto de *Synopsis* (Aa) 8,21 enfrentado a los textos de las fuentes que intervienen en su configuración.

De manera práctica los trabajos se han dispuesto en orden alfabético, pero bien podrían haberse ordenado de manera diferente, ya que son varios los trabajos relativos a textos de zooterapia de características muy similares; incluso cabría una cronológica, ya que algunos de estos trabajos se ciñen estrictamente al periodo de la medicina presalernitano mientras que otros amplían considerablemente el arco temporal de sus investigaciones. Resulta muy adecuado que todos los trabajos concluyan con un elenco de la biografía citada. Asimismo supone un esfuerzo loable que facilita la tarea al lector más especializado la inclusión de dos índices al final del libro: uno antroponímico y otro de los manuscritos citados. Se ha optado por incluir al final del libro los resúmenes y palabras clave de los trabajos (primero la secuencia de todos ellos en inglés y a continuación en la lengua usada en cada uno de los capítulos), pero, a nuestro modo de ver, habría sido mucho más práctico situarlos en la presentación de cada uno de ellos, tras el título y el autor, como hacen las revistas, para advertir al lector de lo que allí se van a encontrar.

Está claro que una parte esencial del patrimonio histórico de la medicina europea depende para su conocimiento de la Filología Clásica, *ancilla* y también *clavis scientiarum*. Y, por si hubiera alguna duda, este libro ofrece buena prueba de ello.

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA
Universidad de Valladolid

FRASSINETTI, PAOLO, *Pagine sull'Octavia. Bibliografia dell'autore*, a cura di Lucia di Salvo, Genova, Tilgher, 2012, 112 pp.

Estas páginas sobre la *Octavia* (tragedia pretexto, es decir de tema romano, atribuida a Séneca) provienen de la selección que un grupo de admiradores del filólogo italiano hace, con motivo de los 90 años incoados del mismo (el filólogo nació en 1923), de la obra que sobre la misma cuestión publicó aquel en Génova en 1973.

Aparte del contenido indicado, el libro ofrece una nota bibliográfica (pp. 79-82), así como una bibliografía del propio autor (pp. 87-112).

La obra se estructura en seis capítulos. En el primero, el autor se plantea la relación de la tragedia con la obra de Tácito, quien en *Ann.* 14, 57-64 describe por-

menorizadamente la suerte de la desgraciada hija de Claudio, Octavia, casada con su primo (para ser exactos, con el hijo de su prima, Agripina), el emperador Nerón (54-68), y asesinada por orden de este en el 62, a los 20 años de edad. Comparando dichos capítulos tacitianos con *Oct.* 929 ss., hallamos que, mientras Tácito, al evocar la muerte miseranda de otras mujeres (las dos Agripinas, la Mayor, muerta en el 33, y la Menor, en el 59; Julia Livilla, hija de esta, en el 42, y Mesalina, esposa de Claudio, en el 48), reconoce que vivieron más y gozaron algo de la vida (de Mesalina, añadamos nosotros, desde luego, no cabe la menor duda: cf. Tác., *Ann.* 11, 25 ss.; Juv. VI 14-30), para el poeta del drama todas ellas son solo ejemplos de la inestabilidad de la fortuna (asunto muy romano, y senequiano, particularmente). De la misma manera, al abordar el naufragio de Agripina se advierten discrepancias entre las dos versiones. Por ej., en Tác., *Ann.* 14, 3-8 solo mueren dos o tres viajeros, en cambio, en *Oct.* 311 ss., pierden la vida bastantes más. Allí, Agripina, en medio del sabotaje, guarda silencio; en la tragedia, la emperatriz declama. En Tác., el barco tarda en hundirse, en la *Octauia* la nave se hunde rápidamente. Tácito al narrar los últimos momentos de Agripina hace decir a esta: *uentrem feri*, en tanto el poeta expande el dicho, agregando: *monstrum qui tale tulit*. Asimismo, cuando se ordena el exilio de Octavia, el historiador describe una especie de rebelión embrionaria del pueblo de Roma; en la tragedia, hay un intento de quemar el palacio, y se produce la muerte de algunos manifestantes. En la misma línea, respecto al asesinato de Rubelio Plauto (en Asia Menor) y Sila (en la Galia Narbonense), en Tácito (*Ann.* 14, 57 ss.) es Tigelino, el prefecto del pretorio, el que impulsa a Nerón; en la *Oct.*, es Nerón quien da órdenes al prefecto. Concluye el autor (p. 17): «El paralelo *Octauia*-Tácito no presenta elementos incontrovertibles para deducir la dependencia de la tragedia del historiador. También puede ser que los dos escritores reelaboren a su aire un núcleo de tradición sustancialmente unitario».

En el segundo capítulo, el autor trata del carácter histórico de los personajes en la tragedia, de tal modo que Agripina recibe el tratamiento que históricamente recibió (*Augusta* y *domina*), Claudio, el de *diuus*. De Acte, la esclava enamorada de Nerón y por tanto hostil a Popea, su rival, se dice en los vv. 196-7 que levanta altares (*monumenta extruit*) a Ceres, que, según Servio (*ad Aen.* 3, 139 y 4, 158) favorece el divorcio, dato aquel que solo hallamos en la *Oct.*, y del que tenemos constancia epigráfica (CIL XI 1414: *Cereri sacrum...Aug. Lib. Acte*). El preciso detalle de que Agripina (*Oct.* 170 ss.) llorase al disponer el cadáver de Británico para ser quemado suena a que la noticia fue recogida por alguien presente en el funeral. A la *damnatio memoriae* subsiguiente al asesinato de Agripina (año 59) alude Tác. en *Ann.* 14, 10-12, y Casio Dión (61,16); por su parte, en la *Oct.* 609-12 se afirma *saeuit in nomen ferus/ matris tyrannus* (= Nerón), ... *simulacra* (= 'estatuas') *titulos* (= 'inscripciones') *destruit*. En *Oct.* 181 y 591 se afirma que Nerón no se casa con Popea hasta cerciorarse de que esta se hallaba encinta (año 62); Popea alumbró una

niña en enero del 63; por ello, un filólogo (Herington) califica al poeta de la tragedia «a near-contemporary witness». Nerón, representante del *furor* pasional, sería, frente a Séneca (la *mens bona*), el verdadero protagonista de la *Oct.*, en tanto Claudio, a diferencia de la imagen transmitida por Tácito, Suetonio y Casio Dión, sería, como un segundo Agamenón, todo un héroe, gracias a la invasión romana de Britania.

En el tercer capítulo, el autor aborda la cuestión de los anacronismos, es decir, las alusiones a sucesos posteriores al año 62, año en el que la obra está ambientada. Por ej., en ese año se prevén la desgracia futura y la muerte de Popea (que falleció en el verano del 65). Así es como la nodriza (*Oct.* 198-200) consuela a Octavia diciéndole que Popea no durará mucho, y el espectro de Agripina (*Oct.* 595-7) predice que las llamas de la antorcha infernal que porta servirán para encender la pira. Igualmente, en los vv. 618-31, el mismo espectro profetiza el fin de Nerón (v. 618: *tempus haud longum peto*), donde muchos ven analogías con Suet. *Nerón* 48, en que se describen las últimas horas del tirano. A juicio del filólogo italiano Santoro, la profecía es profetizada en términos tan precisos (cf. v. 733: *ensem iugulo condidit*, a saber, Nerón, que se suicidó cortándose la yugular; el verso muestra que el autor estaba óptimamente informado sobre el suicidio real de Nerón) y con tal cúmulo de circunstancias que debió ser compuesta tras la muerte del emperador (junio del 68). Naturalmente, se trata de una profecía *post euentum* (o *ex euentu*). También hay un paralelismo entre algunos datos del sueño que Popea narra a la nodriza (718-733) y Suet. *Nerón* 49: *ferrum iugulo adegit trepidanter effatus* (cf. *Oct.* 732: *trepidus*). En el verso 731 se nombra a Crispino, el primer marido de Popea, muerto en el 66: «estos casos nos demuestran, más allá de toda duda razonable, que el poeta estaba bien informado sobre acontecimientos posteriores al año 65» (p. 35).

El cuarto capítulo (pp. 39-60) está consagrado a establecer la relación entre la *Octavia* y Séneca. Para empezar, hay una clara afinidad, que son las declamaciones; en segundo término, se constatan imitaciones literales en la tragedia de la obra de Séneca, como, por ej., *Oct.* 916 ss. y *H.O.* 199 ss.; *Oct.* 921 ss. y *H.F.* 146 ss.; *id.* 34-40 y *Tro.* 1 ss.; *id.* 41 ss. (Claudio es víctima de su esposa, Agripina) y *Ag.* 39 ss. (Agamenón es víctima de su esposa, Clitemestra). En lo que hace al fondo filosófico, la igualdad es la regla: la *Oct.* toma como fuente las tragedias de Séneca. Aunque también existen divergencias. Por ejemplo, las nodrizas: mientras en la obra genuina de Séneca solo hay una, en la *Oct.* hay dos (la de Octavia y la de Popea); de la misma manera, en tanto los espectros de Tiestes y Agamenón aparecen, en sus correspondientes dramas, al principio, el de Agripina, en la *Oct.*, lo hace a la mitad. En *Oct.* 696 leemos: *et culpa Senecae*. ¿Podría el propio Séneca escribir eso de sí mismo? ¿Y no sería asombroso, en general, que Séneca figurase, como de hecho figura, entre los personajes de la obra? Lo mejor es pensar que un escritor posterior a los sucesos de aquellos años (62-68) quiso rendir homenaje póstumo a la figura del

maestro, ensalzando su noble actuación, y reivindicar su personalidad moral frente a las acusaciones que se le hacían (pp. 56-57).

A la vista de todo ello, el autor de estas páginas asevera: «Por tanto, hemos podido constatar que la *praetexta*, bajo el aspecto literario y filosófico, coincide sustancialmente con los gustos literarios y el pensamiento del cordobés. Pero, ¿es esto suficiente para poder considerarla auténtica sin más? Evidentemente, no, porque también un imitador (...) habría podido alcanzar este resultado (pp. 52-53)».

Pero hay más divergencias. En los vv. 534 y 586, Séneca llama *diuus* a Claudio, siendo así que lo satiriza cruelmente en la *Apocolocyntosis*; en el verso 381, el poeta alaba a Córcega, en tanto que en la *Con. ad Pol.* 18, 9, Séneca describe la isla (de manera parecida a como hace Ovidio con el Ponto) de modo hartamente hostil; en los versos 148-150 se exculpa a L. Silano de incesto (*criminis ficti*); en *Apoc.* 8, 3, en cambio, se corrobora la acusación. En los versos 395 ss. se invoca con nostalgia la vida feliz de la Edad de Oro; pero en *Epist.* 90, 46, Séneca afirma que en esa época la virtud no era tal, puesto que no existía plena conciencia de la misma.

De modo que tanto los anacronismos reseñados como las divergencias enumeradas obran en contra de la paternidad de Séneca.

En el capítulo quinto, aborda el autor cuestiones de lengua, estilo y métrica. Ahí se nos dice que cuarenta palabras de la *Oct.* no se encuentran en las otras nueve tragedias, y que el final (yámbico) del trímetro, constituido por formas del pronombre personal del tipo de *ego, mihi, meus*, etc., está representado por un 20 % en la *Oct.*, y por mucho menos en las otras tragedias (donde más, en el *Ag.*, con un 11 %, bajando al 4 % en la *Fedra*). Una particularidad en el orden de palabras como la posposición del tipo *cecidit atque* (= *atque cecidit*, v. 165) presenta cinco ejemplos, mientras que en todas las otras obras solo se encuentra uno (*Ag.* 418).

Y para finalizar, la sección final se plantea la cuestión del autor de la *Octavia* (p. 71 ss.). Desde 1843 (F. Ritter) el candidato más cualificado ha sido Curiacio Materno, personaje del *Diálogo de los oradores* de Tácito, ambientado en el año 74. Dicho candidato escribió tragedias griegas, o *cothurnatae* (*Medea*, *Tiestes*) y pretexts, o romanas (*Catón*, *Domicio*). El propio C. Materno afirma en el *Diálogo de los oradores* (11, 2): «En mi Nerón he quebrantado el poder de Vatino» (un favorito del tirano). Este drama correspondería a los años 70-74 (p. 75). La hipótesis de que el autor de la *Octavia* haya sido Curiacio Materno tiene al menos la ventaja de señalar un autor que ideológicamente y espiritualmente podría escribir una *praetexta* como la *Octavia*, aunque ello no pasa de ser una hipótesis indemostrable (p. 77).

Dado que, como hemos visto, el estudio sobre la *Octavia* del profesor Frassinetti cuenta en la actualidad con cuarenta años de antigüedad, los editores de aquel añaden unos *postilla* (pp. 84-86), en los cuales toman en consideración asuntos significativos, como la fecha de composición y la autoría de la obra. Respecto a la primera cuestión, se presenta la triple posibilidad de que el drama sea inmediato a la muerte

de Nerón (año 68); o de mediados de la dinastía flavia (69-96), como sugiere Ferri; o, por último, como quieren otros, en fecha posterior (siglos III o IV).

En cuanto al posible autor, la apostilla de los editores recoge tanto a quienes propugnan la autoría de Séneca (a saber, Segurado e Campos, Giancotti, o, entre otros, A. Ruiz de Elvira —*La Octavia y el Hercules Oetaeus: tragedias auténticas de Séneca, Urbs Romana*, Pamplona 2003, pp. 909-919—), y quienes están en contra, que constituyen un elenco mucho mayor: Carbone, O. Zwielerlein (*Incertorum Auctorum Hercules [Oetaeus], Octavia*, Oxford, 1986), Viansino, Chaumartin, A. J. Boyle, y R. Ferri (*Octavia. A Play attributed to Seneca*, Cambridge, 2003); así como un largo etcétera.

También nosotros hemos tomado en consideración estas difíciles cuestiones (cf. B. Segura Ramos et alii, *La tragedia de Agamenón, rey de Micenas*, Sevilla, 2008). Allí, aparte de registrar el hecho de que ha habido quienes han imaginado que la obra es fruto del Humanismo (en concreto, del s. XV), insistimos, siguiendo a Ferri, en la misma línea apuntada arriba: la *Octavia* sería probablemente obra de Curiaio Materno, y habría sido escrita no mucho después de la muerte de Nerón (junio del año 68).

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS
Universidad de Sevilla

IV. *Historia, religión y sociedad*

Auctoritas. Mondo tardoantico e riflessi contemporanei, a cura di Maria Vittoria Cerutti, Siena, Edizioni Cantagalli, 2012, 222 pp.

Tras una presentación a cargo de A.M. Mazzanti, y una Introducción al tema de la coordinadora de la obra, M.V. Cerutti, nos encontramos ante una obra en la que los colaboradores analizan algunos de los autores de la tardoantigüedad para confrontar su pensamiento helénico con la reflexión cristiana contemporánea, atendiendo a la posibilidad o imposibilidad del conocimiento de Dios y de lo divino, y reflexionando sobre una *auctoritas* en la que anclarse como garante de la verdad del conocimiento religioso.

Contenido de la obra:

Luis Romera, Saluto, 5

Angela Maria Mazzanti, Presentazione 7-9

Maria Vittoria Cerutti, *Auctoritas. Mondo tardoantico e riflessi contemporanei: un'introduzione al tema* 11-14

Christian Gnllka, Il Dio Ignoto nel IV Libro della *Città di Dio* di Sant' Agostino
Der Unbekannte Gott im vierten Buch der *Ciuitas Dei* Augustins 15-59
Discussione 60-65

Ignacio Yarza, La fede di Porfirio 67-91

Discussione, 92-95

Valerio Neri, Al di là del conflitto: Proposte e modalità di convivenza con il cristianesimo nel paganesimo romano del secolo IV (Simmaco, Ammiano Marcellino, *Historia Augusta*), 97-118

Discussione, 119-120

Giuseppe Fidelibus, All'origine filosofica dell'obiezione pagana. Un contributo di Agostino dalla polemica *contra paganos*, 121-139

Discussione, 140-142

Anna Bernardini Penati, Il tema dell'*Auctoritas* nel *De antro Nympharum* di Porfirio, 143-149

Ilaria Ramelli, L'*Auctoritas* che fonda ogni filosofia e teologia: Bardesane e l'*Apologia* siriana ad Antonino Cesare, 151-176

Massimo Borghesi, La dottrina e il testimone. Il ruolo del modello personale nel pensiero classico, cristiano, moderno, 177-198

Discussione, 199-208

Giulio Maspero, Alcune riflessioni conclusive sull'*Auctoritas* dal tardoantico al postmoderno, 209-216

Gli autori, 217-220

Indice, 221-222

G. Gnilka contextualiza el libro IV de san Agustín aludiendo al discurso de san Pablo a los atenienses a propósito de la inscripción al Dios desconocido, a Varrón y sus Antigüedades y a Porfirio (*de regressu animae* fr. 12 Bidez): *Sentiebat enim adhuc sibi deesse praestantissimam auctoritatem, quam de tanta re sequi oporteret*. Hubo entre los paganos un sentimiento de incertidumbre acerca de las cosas divinas, explícito en Porfirio e implícito en la inscripción ateniense aludida por san Pablo, un sentimiento de insatisfacción que les impele a la busca de esa *auctoritas*, y la lógica agustiniana muestra el camino a recorrer para alcanzar el natural conocimiento de Dios, y lo muestra a través de la propia religión romana, ofreciendo de ese modo una vía fácil para la conversión.

Realiza I. Yarza un estudio de la Carta a Marcela de Porfirio en el que propone una religión filosófica que requiere de la fe (¿qué entiende por fe y cuál sea su papel?) pero al mismo tiempo exige el ejercicio de la razón y del conocimiento, pues una fe sin conocimiento es irracional, *ἄλογος πίστις*, anteponiendo el conocimiento a la fe puesto que no puede creerse sin conocimiento ya que la ignorancia comprometería la autenticidad de la fe. Esa es precisamente la acusación de Porfirio a los cristianos, que se observa, continúa diciendo el autor, en el *Contra los cristianos*, donde considera su fe como irracional, pues no está sujeta a la argumentación de la razón al ser su único argumento la autoridad de las Escrituras, a diferencia de la

fe de Porfirio que se sustenta en la tradición religiosa greco-romana vinculada a la verdad y al conocimiento.

V. Neri ofrece un profundo estudio histórico de reconocidos textos de Símaco, Amiano Marcelino y la *Historia Augusta* para poner de relieve que existieron áreas comunes entre las dos religiones (el politeísmo y el cristianismo) y un recíproco reconocimiento, expresando sobre todo el punto de vista pagano según el cual había más de una vía para el conocimiento de Dios de las que una, la *melior*, era la pagana, que se recorría mediante el ejercicio de la virtud y la observancia de los *antiqua sacra*.

G. Fidelibus analiza varios textos utilizados por san Agustín para refutar la tesis de los paganos sobre la caída de Roma en 410, según la cual fueron los cristianos los causantes de que los dioses no recibieran las atenciones y el culto requerido, y por ello la desaparición de la ciudad. Uno de esos textos hace referencia a las *Antiquitates* de Varrón, otro al *De superstitione* (perdido) de Séneca, para finalizar con uno de Apuleyo (*De deo Socratis*). Decía Séneca que mientras los judíos sabían la razón de su propio culto, la mayor parte del pueblo romano cumplía los ritos pero no sabía la razón por la que los cumplía. Era, en suma, un producto cultural, unas *res diuinae* que procedían de unas *res humanae*, de tal suerte que la *auctoritas* no era competencia de Dios o de las *res diuinae* sino que se la asignaba el poder político. La filosofía, víctima de la inveterada costumbre, era incompetente para la verdad en materia religiosa. A Apuleyo achaca san Agustín el profundo abismo que ha abierto entre Dios y el mundo, lo que ha legitimado la demonología, prácticas mágicas y teúrgicas, a fin de posibilitar la relación del hombre con Dios. Se destituye, por tanto, de *auctoritas* a la divinidad sobre la vida humana; craso error de la razón que se somete a la idolatría por su alejamiento de la verdad. Por estas razones dice san Agustín que la acusación de los paganos a los cristianos está privada de sentido. Ni la presencia de los cristianos ni sus acciones son la causa del fin de la *ciuitas*, sí en cambio es manifiesta la patología del paganismo con acusado déficit de verdad y de conocimiento que debieran haber presidido la ciudad.

A. Bernardini analiza el *De antro Nympharum* de Porfirio, proponiendo la exigencia de Porfirio de fundamentar en la existencia real del lugar la simbología mística que los antiguos atribuyeron a la gruta de Ítaca junto a la que desembarcó Ulises en su retorno a casa. La historicidad de los versos homéricos, base necesaria para la exégesis alegórica, quedaría enmarcada en el contexto de la polémica anticristiana que acompaña la mayor parte de Porfirio, y en concreto la infravaloración de la exégesis bíblica que realizaron los primeros Padres de la Iglesia. Gruta que asume una importancia evocadora del misterio de salvación para ambas partes, que para unos se cumple alegóricamente e históricamente para otros en el mundo de la generación.

I. Ramelli realiza un estudio sobre el *Liber legum regionum* de Bardanes de Edesa y la *Apología* siríaca a Antonino César. Frente al determinismo fatalista y predestinativo, razona la autora, ambas obras defienden el libre albedrío y la fe

como fundamento gnoseológico; afirmación programática que equivale al *credo ut intelligam*.

M. Borghesi analiza la figura de Sócrates, el cinismo y Platón para poner de manifiesto que en la filosofía antigua no hay teoría sin práctica y que tiende a, y pretende, convertirse en vida auténtica, encarnando Sócrates la ejemplaridad que se convierte en testimonio frente a la πόλις y frente a los dioses. Mientras que la ejemplaridad pierde su aspecto religioso con el cinismo, la vía platónica insiste en la búsqueda de la salvación a través del mundo eidético, del conocimiento universal, siendo la ascesis el camino hacia la divinización. Al entrar en escena el cristianismo con un elemento extraño al mundo antiguo como es el amor, ἀγάπη, obliga a la filosofía a reformularse en lo que atañe al testimonio en relación a la doctrina, y surgen así los santos varones paganos para contraponerlos a los modelos de vida cristiana. Paralelamente el testimonio filosófico se apropió de principios cristianos como la fe, πίστις, la verdad, ἀλήθεια, el amor, ἔρος, la esperanza, ἐλπίς. A la postre vencerá la doctrina y testimonio cristiano pues el éros filosófico carece de valor, no atiende al yo personal mientras el amor cristiano es personal y universal, se identifica con Dios hecho Hombre, supera al éros y rompe la dicotomía (ética y doctrina) del testimonio filosófico. El Único es doctrina y vida (*yo soy el camino, la verdad y la vida*) y los discípulos así lo entienden y lo representan. Finaliza el autor con un repaso a la filosofía occidental a partir de Descartes, acentuando el proceso de secularización y presentando los dos modelos antagónicos posmodernos, el hombre ético, que no religioso, y el hombre estético.

El conjunto de trabajos contenidos en el volumen, salvo el de V. Neri, tiene su punto de apoyo, aunque sea de un modo implícito, en la frase de san Agustín en *De vera religione* 24, 45: *Auctoritas fidem flagitat, et rationi praeeparat hominem. Ratio ad intellectum cognitionemque perducit*, que recuerda G. Maspero, profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma, en las páginas recopilatorias. Ya sabemos, pues, los derroteros que toman tales trabajos, ideológicamente hablando y sin perjuicio del talento y conocimiento de las fuentes concernidas y concernientes de todos ellos.

FRANCISCO JAVIER LOMAS SALMONTE
Universidad de Cádiz

HIDALGO DE LA VEGA, M. ^a JOSÉ, *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 240 pp.

Este trabajo, que se enmarca en los estudios de género, presenta por dinastías una panorámica de las mujeres asociadas al poder en Roma: las mujeres de las dinastías Julio-Claudia, Flavia, Antonina y Severa; incluye, además, dos capítulos específicos,

uno, el segundo, dedicado a la creación de modelos de mujeres imperiales por medio de la imagen de Livia (modelo positivo) y Mesalina (modelo negativo); el otro, al final del libro, constituye un brillante análisis de la representación de la mujer de la casa real asociada al culto imperial.

La primera valoración que procede emitir después de su lectura es que esta obra sobresale por su rigor metodológico, por la originalidad de su planteamiento y por las conclusiones, que ofrecen claves de interpretación de la presencia y función de la mujer imperial en sus respectivas cortes o *domus*, para ser más exactos. A pesar de ser un libro adornado con todo el bagaje científico exigible en este tipo de publicaciones, sin embargo logra seducir al lector, no tanto por su prosa (es el único lunar achacable a la obra, la falta de una última corrección de estilo, que evitara construcciones sintácticas forzadas o poco claras), como por la profundidad de los hallazgos y los análisis, llenos de humanidad, psicología y realidad que tiñen todo el discurso.

El capítulo dedicado a las mujeres de la dinastía Julio-Claudia proyecta la idea, bien fundamentada, de que estas mujeres demuestran ambiciones individuales mal canalizadas por el sistema monárquico, que necesitaba a los miembros femeninos de la estirpe para legitimar la sucesión, y así las convierte, sin pretenderlo, en figuras poderosas. Las famosas y poderosas féminas de la casa de Augusto no funcionaron como grupo sino como individualidades perturbadoras: la crueldad que se les aplicó está en consonancia con la que ellas emplearon en sus formas de ascensión al poder.

El capítulo segundo enfrenta los modelos de Livia y Mesalina; se trata de una eficaz comparación de estas dos poderosas mujeres como patrones antagónicos de mujer imperial. Livia se convirtió en modelo positivo para la posteridad por su prudencia en su función de esposa y consejera de Augusto y, además, por mostrarse decisiva para que su hijo Tiberio alcanzara el Imperio. A pesar de su fuerte rivalidad, Livia fue capaz de mantener su papel de preeminencia y poder político frente a la resistencia de su hijo, lo que constituye por sí solo un logro en la conquista femenina del poder: con habilidad supo ganarse el favor de aristócratas, gobernantes extranjeros y municipios, que se mostraron agradecidos a su benefactora. Su imagen pública fue más poderosa y brillante que la de su hijo. Mesalina representa lo contrario, el papel pernicioso de la mujer en el poder, exacerbado por medio de todos los vicios sexuales imaginables y, por ello mismo, poco creíbles. Según la autora, Mesalina es la representación de la alteridad total, en el sentido de que asumió papeles propios del ámbito masculino en lo sexual, en lo político y en lo social, especialmente al querer sustituir a su esposo Claudio en su matrimonio con Silio, como si ella fuera la regente y Claudio un simple consorte, su gran error. Pero esta imagen negativa surgió, y la autora lo afirma taxativamente, de historiadores que usaron el pasado para justificar su presente e imponer una imagen de la correcta esposa o de la infame, según interesara en los patrones patriarcales.

Las mujeres de la dinastía Flavia son el objeto del tercer capítulo; los Flavios representaron la consolidación del poder municipal frente a la aristocracia romana. Frente a las figuras activas y poderosas de la familia Julio-Claudia, las mujeres de la *domus* imperial Flavia se caracterizan por su moderación y ausencia casi total de las fuentes literarias, aunque menos de las epigráficas. Este silencio en torno a las mujeres de la corte debe vincularse, según la autora, a la decisión de Vespasiano de imponer la sucesión dinástica en la transmisión del Imperio; de este modo, sus hijos, Tito y Domiciano, fueron nombrados herederos desde el primer momento, haciendo innecesaria la descendencia legítima asociada a las mujeres imperiales. La esposa, la hija y la nieta de Vespasiano se llamaron igual, Flavia Domitila, y su importancia residió en acompañar silenciosamente al hombre central del Imperio, Vespasiano. Solo Domicia Longina, esposa de Domiciano, mujer rica, culta e independiente, fue acusada de adulterio, en concreto con un actor, tópico con que se agredía la figura de la emperatriz con el fin de dañar la del emperador, según aclara la autora.

La dinastía Antonina, que ocupa el cuarto capítulo, supuso un cambio radical en la ascensión al poder: la adopción o, al menos, eso dice la propaganda imperial, que adorna la nueva forma de acceso al poder con un tono humanístico. Ahora bien, como demuestra con contundencia la autora, la adopción era una ficción de la sucesión hereditaria; para ello, se desarrolló una compleja red de matrimonios entre las mujeres de la dinastía con los candidatos a ser adoptados: los mejores tenían posibilidades de acceder al poder, pero se consolidaba su unión a la familia imperial con un matrimonio. Como esta época está poco documentada por las fuentes literarias, son las epigráficas, artísticas y numismáticas las que arrojan luz sobre el poder que llegaron a detentar estas mujeres. Todas ellas, Plotina, esposa de Trajano, Marciana, hermana de Trajano, Matidia, madre de Sabina, la esposa de Adriano, Faustina la mayor, esposa de Antonino Pío, y Faustina la menor, esposa de Marco Aurelio, fueron ejemplo de todas las virtudes deseables para una esposa romana (*pudor, castitas, modestia, pietas...*), y su poder, real y necesario en los matrimonios con los adoptados (eran esposas y madres de emperadores), no se tradujo en una figura institucional concreta.

La dinastía Severa supuso el triunfo de las familias de la periferia, en concreto, de los ricos miembros de la ciudad siria de Émesa, la actual Homs, que llegaron a Roma con su culto particular, el dios solar Baal. Septimio Severo, el primer emperador de la dinastía, llegó a la púrpura por nombramiento de sus legiones. Para ese momento, ya estaba casado con la rica y culta Julia Domna y tenía dos hijos. Curiosamente, las mujeres de esta dinastía recuerdan, por su gran deseo de reinar, la Julio-Claudia: imitaron a Livia, cuando consiguieron influir en política y supieron mantener su condición de matronas, como fue el caso extraordinario de Julia Domna, que supo conciliar poder y discreción; pero también remedaron a Mesalina, como ocurrió con Julia Soemias, al intrigar todo lo que fue necesario hasta lograr que su hijo, Helio-gábalo, llegara a lo alto del poder imperial, apoyada por su madre, Julia Maesa, y su

tía, Julia Mamea. Estas tres mujeres ejercieron *de facto* el poder en Roma, mientras Heliogábalo reinaba a su sombra.

Un último capítulo se dedica al culto imperial, donde se hace patente que las mujeres de la corte, *diuae*, acompañaron al culto de los emperadores, *diui*, como un instrumento más de una eficaz propaganda imperial. Sigue un interesante catálogo iconográfico, numismático y pictórico de piezas que han sido comentadas en la argumentación del libro. Un útil índice de fuentes literarias concluye esta obra, rica en matices.

ROSARIO LÓPEZ GREGORIS
Universidad Autónoma de Madrid